

Descubrimientos y refutaciones: el psicoanálisis clínico como lógica de la indagación ¹

Jorge L. Ahumada

A caballo de las ciencias naturales, cuyo método observacional emplea, y de las humanidades con las que comparte su objeto de estudio, el psicoanálisis accede a evidencias ubicadas más allá de las que puede aportar la reflexión filosófica. No sorprende entonces que a la mayoría de los filósofos no les haya caído bien el desafío implícito a sus premisas metodológicas y conceptuales. Freud dedica un breve trabajo al impacto de su joven disciplina en la filosofía, “Una dificultad en el camino del psicoanálisis” (1917), en tanto que Bion (1962) menciona al pasar la compleja historia en la filosofía de lo concerniente al desarrollo psíquico. Para entender la manera en que los científicos, y ante todo los filósofos de la ciencia, encaran la cientificidad del psicoanálisis es indispensable, creo, distinguir claramente dos concepciones de la ciencia, la aristotélica y la galileica.

LAS DOS “NATURALEZAS” DE LA CIENCIA NATURAL

Acercarnos a las raíces de las dos nociones básicas de la indagación científica nos lleva a la Grecia antigua. La tradición *empírico-descriptiva* de Aristóteles arriba a la obtención de “formas” o “patrones” mediante la observación, descripción y

¹ Publicado en el *Int. J. Psycho-Anal.* 78: 1105-1118 (1997).

comparación de “ejemplares”: tal es el método de la indagación en las ciencias observacionales, entre ellas la medicina clínica. Aristóteles era hijo de un médico, y si bien colocó los cimientos de la lógica, la biología fue para él siempre el campo empírico principal.

La tradición *empírico-racionalista* de Pitágoras, en cambio, asienta en la medición, el abordaje matemático de los asuntos empíricos y la ontología del número como base de la realidad, y luego, con Euclides, en el método axiomático. Ubicaremos aquí a Descartes (cuyo racionalismo solía ser groseramente antiempírico, apunta con deleite Peirce, 1868, p. 40) y también a Galileo, quien introduce el uso sistemático de la experimentación; su culminación es la mecánica celeste newtoniana con su nueva herramienta matemática, el cálculo infinitesimal. Esta tradición del iluminismo conformó una ontología, resumible en la exultante exclamación de Galileo de que el libro del universo estaba escrito en lenguaje matemático. La mecánica newtoniana se volvió paradigmática de las ciencias “teóricas”, “exactas”, “duras”, “positivas” o “predictivas”, aportando un marco predictivo para engarzar los “elementos” empíricos válidos, con lo cual la predicción basada en la deducción formal se convirtió en criterio de verdad empírica. Bricmont da voz a tal aspiración: “lo que entendemos bien, lo entendemos en términos mecánicos y reduccionistas” (1996, p. 156).

La física, la química, y la biología en niveles cercanos a lo molecular evolucionaron desde enfoques descriptivos hacia esquemas deductivos. Al reducir su campo a variables discretas, homogéneas, proyectables, proveen predicciones y tecnologías. Lo cual llevó a una concepción general infalibilista de la ciencia; la idea galileica de un Universo escrito en lenguaje matemático descendió desde las esferas celestes volviéndose prescriptiva para todo conocimiento válido, en un “ascenso inductivo” que partiendo de datos elementales sigue líneas formales estrictas. En el “inductivismo estricto” que pregonan entre otros Grünbaum, la estrategia de que las “inyecciones de verdad” deben fluir desde datos elementales indudables en la base hacia la teoría en la cima, requiere insistir en la necesidad de certezas o garantías empíricas.

Para Peirce, en cambio, la idea de certezas empíricas es “irresistiblemente cómica” (1897, p. 3), en tanto que Poincaré

(1902) la consideraba apta para estudiantes secundarios. Puesto que la mayoría de la gente piensa la ciencia a nivel de los textos del secundario, la búsqueda de certezas empíricas sigue siendo el punto de vista dominante. Lo cual fracasa, empero, en cuanto nos damos cuenta de que las teorías son “formas”, siendo sus eficacias predictivas locales, relativas e internas a un marco deductivo determinado. Así, las certezas newtonianas resultan ser fenómenos “locales” que colapsan, incluso en el nivel tecnológico, en las comunicaciones satelitales, que deben tomar en cuenta “formas” einstenianas de interacción tiempo-gravitación. Los desarrollos del tipo de la biogenética introducen regularidades galileicas locales en niveles del marco darwiniano amplio cercanos a lo molecular, pero su validez global, y la de campos enteros como la paleoantropología o la etología, estará dada por “patrones” o “formas” surgidas de la descripción y comparación de “ejemplos”.

METODO CIENTIFICO Y METODO FILOSOFICO

No faltaron filósofos que, soslayando diferencias esenciales en el método, tomaron al psicoanálisis como una nueva y pansexual filosofía, agazapada tras máscaras científicas. Muchos, desde empiricistas como Russell o positivistas lógicos como Schlick y Neurath, hasta idealistas hermenéuticos como Habermas o Ricoeur o revisionistas marxistas como Althusser, tomaron, por un motivo u otro y con resultados dispares, cartas en el asunto.

El contexto amplio de la controversia sobre la científicidad del psicoanálisis lo da el hiatus actual entre la filosofía de la ciencia y las prácticas científicas (Reichenbach, 1927; Feyerabend, 1978). A punto de partida en sus “principios generales” predilectos, los filósofos tuvieron a bien dictaminar qué debían hacer los científicos en muy distintos campos empíricos. Si bien se refiere a lo que ocurre en la física, me interesa retomar a Feyerabend en cuanto al método de los científicos y el método de los filósofos:

“Un *científico* opera a punto de partida de un conjunto de materiales que consta de diversos y conflictivos ingredientes. Las teorías formuladas con el más alto grado de rigor coexisten lado a lado con aproximaciones infundadas y groseras, hay

ciertos hechos ‘sólidos’, leyes locales basadas en dichos hechos, hay principios heurísticos, formulaciones tentativas de nuevos puntos de vista que en parte coinciden y en parte discrepan con los hechos aceptados, hay vagas ideas filosóficas y estándares de racionalidad en conflicto con ellas. Dado que es imposible acomodar tal material a ideas simples de orden y consistencia, el científico desarrolla una lógica práctica para obtener resultados en medio del caos y la incoherencia. La mayoría de las reglas y estándares son concebidas *ad hoc*; resuelven una dificultad práctica y no es dable convertirlas en un *organon* de la investigación. ‘Las condiciones externas –dice Einstein– que enfrenta [el científico] no le permiten restringirse mucho, al construir su universo conceptual, por la adhesión a un sistema epistemológico, con lo cual aparece a ojos del epistemólogo sistemático como un oportunista inescrupuloso’.

El modo del filósofo no podría ser más diferente; no cabría contraste mayor. Hay algunas ideas generales y estándares desarrollados en detalle, y están los principios de la lógica elegida. Hay muy poco más” (1978, p. 83-4).

Los filósofos crean, entonces, “reconstrucciones racionales” de cómo se logra conocimiento válido, especialmente en las ciencias “duras”, y las aplican luego como un *organon* a cualquier indagación que quiera considerarse científica. Para rebatir las restricciones epistémicas que el empirismo newtoniano clásico y las “reconstrucciones racionales” del círculo de Viena imponían a los físicos en relación a la teoría cuántica, Feyerabend (1980) cita a Einstein mostrando que lo que estaba en juego no era “un problema ontológico, sea eso lo que fuere” (p. 91). Sostiene que Einstein fue el último de los grandes científicos-filósofos del siglo XIX que, como Maxwell, Herz, Mach, Boltzmann y Duhem, desarrollaban filosofías para hacer progresar sus ciencias, aplicándolas y modificándolas en sus investigaciones. Lo mismo podría decirse de Darwin o de Freud, quienes no admitirían ser filósofos en ningún sentido usual del término.

El psicoanálisis soporta hoy el asedio de dos líneas epistémicas que intentan restringirlo. Por un lado está el “Fundamentalismo Racionalista del Iluminismo” (Nanda, 1996, p. 421) con dos vertientes aparentemente contrapuestas, el “inductivismo estric-

to” (Grünbaum) y el “falsacionismo” (Popper), cuyas respectivas definiciones de “empírico” y “falsable” niegan estatus empírico al método psicoanalítico. Habiendo detallado en otro trabajo (1997a) las restricciones lógicas del enfoque de Grünbaum para el ámbito de lo psíquico, sólo las consideraré al pasar.

En la otra orilla de la disputa epistémica se ubican las posturas idealistas del “giro lingüístico”, donde el lenguaje deviene central a expensas de sus referentes. En el contexto actual de desmedicalización del psicoanálisis tales enfoques son en parte internos a nuestra disciplina, a riesgo de que la tradición argumentativa de la filosofía suplante al método clínico observacional –la “lógica práctica”, en términos de Feyerabend– de donde emergió el psicoanálisis. Argumentando que los hechos clínicos del psicoanálisis están *irremisiblemente* “cargados de teoría”, para tal postura se tiñen de realismo y empirismo ingenuos los intentos de lograr conocimiento ostensivo, observacional, de lo que ocurre en la sesión.

SOBRE LA CERTEZA COMO TRAMPA EPISTEMICA

La idea de “certezas empíricas” nutre las críticas al estatuto empírico del psicoanálisis que surgen tanto desde el racionalismo fundamentalista cuanto desde los idealismos del “giro lingüístico”. Esto es obvio en la exigencia del “inductivismo estricto” de que el estudio de los niveles psíquicos se adecue a “garantías” newtonianas (Grünbaum 1984, 1993): sólo considera empíricos, y por ende propiamente científicos los datos elementales desde los cuales la verdad fluya unívocamente hacia las teorías. Aquí la física reina suprema entre las ciencias.

El falsacionismo de Popper niega que accedamos a certezas empíricas, y afirma que el conocimiento humano es un caso especial del conocimiento animal (1982, p.xxxv) –cosa que, en realidad, también sostuvieron Peirce, Russell y Searle. Coincidió en que las ciencias humanas no siguen leyes (1957a), pero la línea de demarcación popperiana del conocimiento empírico científico y las pseudociencias, en la idea, siguiendo a Tarski (1931), de que sólo las teorías formalizadas son testeables y por ende científicas (1982, p. 185), es un traslado subrepticio de la exigencia de certezas al aparato teórico.

La similitud de las ideas de Popper y Grünbaum en cuanto a aplicar criterios fisicalistas a toda ciencia se hace patente en la protesta de Popper de que “las ciencias sociales no han hallado aún su Galileo” (1957a, p. 1): al no ser “teóricas” no logran “predicciones amplias” (1957a, p. 41). Su regla general de validez científica “es la falsabilidad, o refutabilidad, o testabilidad” (1957b, p. 37); cualquier buena teoría científica, sostiene, demuestra la imposibilidad de ciertos eventos, y su utilidad se correlaciona con las posibilidades que excluye. Para ser aceptables como “evidencias empíricas en el ámbito científico” (p. 38), dice, las observaciones clínicas del psicoanálisis deberían constituirse siguiendo “*criterios de refutación...* establecidos de antemano” (p. 38n). Lo cual implica el uso de criterios deductivos. Afirma además que “sólo el razonamiento deductivo puro nos permite descubrir qué implican nuestras teorías” (p. 51), y que solamente las consecuencias indirectas, rigurosamente deducidas, de nuestras teorías, consiguen señalar sus debilidades. Con lo cual sus reiteradas declaraciones en pro del uso amplio del ensayo-y-error no son sino un disfraz de su adhesión de base a las reglas tradicionales de la inducción, y con tales criterios las disciplinas que asientan en teorías no formalizadas, como las de Darwin, y las que implican taxonomías o descripciones en múltiples niveles como ocurre con la etología, quedarían fuera del ámbito formal, abstracto, deductivo de la ciencia genuina.

Al planteo de Popper de que sólo las conjeturas ancladas en sistemas deductivos son científicas, Lakatos le objeta que “toma proposiciones falibles como “bases” de una política rígida” (1970, p. 109). Con Duhem y Russell, Lakatos sostiene que no cabe aplicar el término “científica” a una única teoría aislada tomada como ítem testeable en experimentos cruciales, y que hacerlo es incurrir en un error de categoría lógica (p. 118ff). El término “científica” se aplica únicamente a una serie de teorías conformando un programa de investigación que lleva a descubrir hechos nuevos. La falsación requiere relacionar las teorías en competencia, la “base empírica” original, y el descubrimiento empírico que resulta del testeo de las teorías alternativas.

En un trabajo seminal (1968) indica que las diferencias entre las lógicas deductivas y las lógicas inductivas son tan sustanciales que aplicar el término lógicas a ambas entroniza un equívoco. Atento a la preeminencia heurística del análisis sobre la síntesis,

sostiene que aun en las disciplinas formales como las matemáticas no hay certeza alguna de nuestras pruebas. Su método de “pruebas y refutaciones” utiliza contra-ejemplos en evolución para explorar la estructura de los propios supuestos o “lemas” desarticulándolos en sub-conjeturas hasta allí no detectadas (1976a, p. 9). “Prueba”, en tal contexto, no remite sino a la carencia de contra-ejemplos asequibles, esto es, a la ausencia de contrapruebas. Tal es, piensa Lakatos, la vía del desarrollo teórico y del progreso del conocimiento. Empero, su método surge de la geometría pura y apunta al uso en las ciencias “teóricas” más que en las observacionales, por lo que Lakatos se mantiene dentro de una visión platónico-popperiana donde las teorías científicas existen en un universo conceptual independiente del universo de quienes las crean, donde las creencias no pueden dejar de hacerse presentes. Además, su insistencia en la anticipación teórica como antecedente crucial de los nuevos hechos no da cuenta del papel de la ostensión en los asuntos empíricos.

Prosiguiendo con la crítica del formalismo popperiano, y contra la opinión de Duhem (1914) de que validar una teoría implica juicios universales, Feyerabend (1987) nos recuerda que aun en el caso de las ciencias “maduras”, “las teorías científicas... no están nunca plenamente formalizadas ni interpretadas en forma completa, y que la clase de los hallazgos empíricos nunca está “dada” de modo pleno” (p. 170). Asimismo Kuhn (1970b, p. 248), advierte que al superponer los prístinos principios de la testabilidad y la oscura práctica del testeó, omitiendo toda indicación en cuanto a cómo aplicar dichos “principios”, el método de Popper parece más una lógica, y menos una ideología, que lo que realmente es. La actividad científica asienta, dice, mucho más allá de lo que los popperianos admiten, en prácticas y ejemplos compartidos sólo en parte expresables en enunciados y proposiciones. Kuhn da un lugar central a la ostensión en el acceso a contraejemplos y en el uso de la contra-inducción.

Que los veinte ejemplos de refutaciones exitosas “elegidos casi al azar” (1982, p. xxvi) en lo que es quizás su último aserto al respecto, correspondan todos a la física ilustra la restrictividad de la idea popperiana de ciencia y la primacía dada a la estructura de la ciencia física en cualquier emprendimiento científico. Pese, entonces, a que lo niegue a rajatabla, la sombra de Euclides cae

entonces tanto sobre el falsacionismo formalista-deductivista de Popper, centrado en la “teoría”, como sobre el deductivismo del llamado “inductivismo estricto” centrado en los “datos”: en ambos campea una visión reduccionista de lo empírico.

A diferencia de tales enfoques simplistas del método científico como proceso mecánico de recolección de datos y de testeo lógico de variables aislables, y de la presunción de una “unicidad de la ciencia” en una metodología compartida, el premio Nobel de química Dudley Hersbach sostiene la diversidad de caminos de las ciencias:

“Cada subcultura académica enfrenta asuntos enteramente distintos, halla criterios dispares de evaluar respuestas, y desarrolla lenguajes diversos. Esto traba la comunicación entre áreas pero no tiene por qué acarrear faltas de respeto. La ciencia, en cualquiera de sus subculturas, sólo puede manejar temas adecuados a sus métodos” (1996, p. 27).

Coincide en esto con la idea básica de Peirce de que la lógica aprende de la indagación empírica tanto o más de lo que la investigación puede aprender de la lógica: “cada paso adelante en ciencia ha sido una lección de lógica... las cuestiones de hecho y las cuestiones lógicas se entrelazan curiosamente” (1877, p. 6-7). Nos toparemos con tal entrelazamiento cada vez que intentemos llevar a cabo descubrimientos científicos, y el científico trata de ponerse a la altura mediante lo que Feyerabend llamó una lógica práctica.

EL LENGUAJE CORRIENTE Y EL SENTIDO COMUN

Desde Dilthey en adelante, las “ciencias del espíritu” y los enfoques lingüísticos fundamentan su carácter de alternativa en una caricatura de la “ciencia natural”, homogénea, unitaria y fisicalista, con una estrategia de transmisión de verdad “hacia arriba”, hacia la teoría partiendo de datos unívocos, como se detalla arriba para el llamado inductivismo estricto. A las supuestas “certezas empíricas” de tal “ciencia natural” opondrán las incertezas de las ciencias humanas, que suelen deslizarse hacia la abolición de toda idea de evidencia. Así, las filosofías lingüísticas, dice Feyerabend (1969) tienden a explicarse en

referencia a sí mismas; al crear su propia evidencia remedan los sistemas dogmáticos.

Por razonable que pueda parecer, valga como ejemplo del dogmatismo de la “filosofía del lenguaje corriente” el famoso “ruego” de Austin:

“Nuestro capital de palabras en común incorpora todos los distinguos válidos, y las conexiones convenientes en la vida de muchas generaciones: cabe pensar que son más numerosas, más viables puesto que han soportado el paso del tiempo, y más sutiles en lo práctico y razonable, que las que Ud. o yo logremos generar en una tarde sentados en nuestros sillones –que es el método alternativo principal” (1956-7, p. 182).

Al sostener que el lenguaje corriente encarna todas las distinciones y analogías válidas se está dejando de lado que el desconocer es tan prevalente como el conocer. Por lo cual Feyerabend replica al “ruego” de Austin diciendo que el método lingüístico entroniza los prejuicios no reconocidos, y que el éxito de un idioma común o de una visión de sentido común no son de por sí un test pues, al contrario de lo que ocurre en las ciencias, en las situaciones usuales la observación no intenta abrir nuevos campos ni testear las propias teorías (1963, p. 164). En términos de Lakatos (1970), no se apunta a un “aumento de contenido”. Lo cual vale para los contextos lingüísticos que eluden la observación, tal como en la cita de Austin (aunque no en otros segmentos de su obra).

Retomemos, llegados a este punto, el dicho de Moore, que en nuestra vida diaria “nos encontramos en la extraña situación de que sabemos muchas cosas... y sin embargo no sabemos cómo las sabemos” (1925, p. 44), arriesgando que “una visión del mundo de sentido común” es en ciertos modos *completamente* cierta. Como ejemplo de evidencia concluyente trae su famoso “argumento de las dos manos”: “He aquí una mano y he aquí otra”, lo que no implica que piense que lo *prueba*; sabe que no puede probar, como querría Descartes, que está despierto, aunque cree tener sobrados motivos para pensar que lo está, y lo mismo, sostiene, es válido en casi todos los casos: uno sabe muchas cosas que no puede probar. Lo cual no es sorprendente, pues el término “prueba” tiene múltiples sentidos: en un nivel informal, dice Blackburn (1994), refiere a un procedimiento que logra convic-

ción, pero en niveles más formales, “prueba” implica un argumento formalmente válido desde premisas correctas hasta la conclusión. Las raíces formales, demostrativas, del término se hacen así obvias.

LA OSTENSION EN LA VIDA DIARIA Y EN EL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO

Lograr conocimientos en la vida diaria, y lo que más nos interesa como analistas, el crecimiento psíquico, dependen de nuestra capacidad de testear y modificar nuestras “teorías de sentido común” y nuestras teorías inconscientes acerca de los vínculos; lo cual se logra en la ostensión de “ejemplos” y no mediante métodos demostrativos deductivos. Bion ubica la importancia crucial del insight para el crecimiento emocional en el discernimiento diario como una *función psicoanalítica de la personalidad*, reafirmando la cualidad dolorosa del cambio hacia la maduración psíquica.

El método psicoanalítico es una situación especial que pone en marcha, en el campo observacional más amplio posible, un método de “descubrimientos y refutaciones” respecto de cómo operan nuestras teorías inconscientes de las relaciones. Desarrollando mi argumento de que el psicoanálisis clínico *es una extensión observacional de la lógica práctica cotidiana*, retomaré ahora en Kuhn (1964, 1974) la noción de ostensión en la vida cotidiana y en el descubrimiento científico.

Kuhn (1974, p. 309ff) imagina a un niño caminando con su padre por el zoológico. El padre señala un pájaro diciendo “mira, Juan, ese es un cisne”; al ratito Juan indica un pájaro diciendo “papá, otro cisne”. A lo que el padre replica “no, Juan, ese es un ganso”; quizás el cisne siguiente de Juan sea un pato, pero al poco tiempo, con las correcciones que correspondan, su capacidad de distinguirlos equivaldrá a la de su padre: lo que al inicio era un conglomerado donde no se distinguía cisnes, gansos y patos, se nuclea en conjuntos discretos, con distancias apreciables entre uno y otro. Este modo elemental de ostensión requiere el agrupamiento de datos en conjuntos separados por espacios vacíos, pero la misma técnica sería válida si Juan fuese un científico, y en forma menos pura, es esencial aun en las ciencias abstractas (p.

313), pues también ahí la función cognitiva de los ejemplos compartibles antecede a cualquier especificación de los criterios que se ejemplifican. El resultado es un simple diagrama de Venn desplegando tres clases no superpuestas; nuevas experiencias bien pueden llevar a reacomodar los límites de las clases.

Este ejemplo elemental de descubrimiento por ostensión de sucesos naturales concretos ilustra la redefinición y reacomodamiento de *clases* discretas de objetos externos: el incremento de conocimiento modifica tanto las teorías previas cuanto el significado de los términos descriptivos; en nuestro caso, los términos de las teorías implícitas de Juan sobre las aves nadadoras. Aun las partes más inocuas del lenguaje que usamos tienen implicancias vastas y son entonces altamente hipotéticas (Feyerabend, 1962, p. 80-1, p. 86).

La ostensión no rige solamente para los nuevos datos empíricos, sino también para los “experimentos de pensamiento” que, dice Kuhn (1964, p. 262), se acercan más de lo que se supone a las situaciones experimentales. La ostensión por experimentos de pensamiento se basa en experiencias previas; suele enfrentarnos con alguna paradoja implícita en nuestro modo de pensar, y ayuda a revisar el propio aparataje conceptual: su función es corregir errores conceptuales preexistentes (p. 251ff). En los experimentos de pensamiento aprendemos a un tiempo sobre nuestros conceptos y sobre el mundo, y suelen darse cuando se hace aparente la dificultad de aplicar un concepto dado (p. 258). Ilustran que lo que ocurre no se adecua a nuestras expectativas previas y pueden sugerir modos de revisar expectativas y conceptos, a menudo mediante cambios de *Gestalt*.

Lo mismo vale, por cierto, para la ostensión en nuestras relaciones personales y nuestras nociones de sí mismo, donde el *desconocimiento* suele ser máximo y la ostensión es más difícil de obtener. Vengo sosteniendo en diversos trabajos (1994, 1997b) que la contra-inducción de las teorías inconscientes del analizado acerca de las relaciones, mediante la ostensión y los experimentos de pensamiento, provee un modelo epistémico válido de la “lógica práctica” de la indagación clínica en el psicoanálisis. Pero antes de abordar este tema, es preciso entender las profundas diferencias de la lógica del descubrimiento y la estructura del progreso teórico en las ciencias observacionales, respecto de la noción deductivista de que en el cambio teórico las nuevas

teorías explícitas anteceden a la refutación de las teorías previas. Mi ejemplo es un descubrimiento etológico mayor, transcripto por Jane Goodall de su diario de notas.

“4 de noviembre de 1960 ... Tenía todavía su espalda hacia mí. Se volvió algo, y muy despaciosamente, tomó un grueso tallo de pasto y cortó un trozo de unos 45 cm. Luego, por desgracia, me dio nuevamente la espalda. Tras unos minutos se trepó al túmulo [de las termitas] y desde allí se alejó. Pude identificarlo como David Greybeard.

6 de noviembre de 1960. Junto al túmulo de las termitas había dos chimpancés, ambos machos ... conseguí ver un poco mejor el uso de un trozo de tallo: lo sostenía en la mano izquierda, lo introducía en el hormiguero, y lo sacaba cubierto de termitas. Levantaba luego el tallo hacia la boca y tomaba los insectos con los labios a largo del tallo comenzando por el medio” (1986, p. 535).

En términos modestos por cierto, el diario de Goodall nos da la crónica de la primera observación del uso de herramientas de chimpancés en estado natural. Si bien se trata de una narrativa, su relevancia no la dan los vocablos que usa sino los sucesos a los que refiere. Desde ya, y mal que le pese a Popper, la observación crucial no necesitó de “conjetura riesgosa” alguna, ni tampoco de criterios explicitados de antemano: aquí, cuanto *menos* excluyan las teorías, tanto mejor. No es un “experimento” en ningún sentido usual del término ni sigue principios deductivos formales, y tiene no obstante la importancia epistémica de un “experimento crucial”.

El impacto del descubrimiento de Goodall se ubica fácilmente en el marco del todavía indigesto impacto darwiniano al narcisismo del hombre (Freud, 1917), dado que refuta la supuesta generalización empírica de que sólo los hombres fabricamos y usamos herramientas. Y coincidiendo con la idea de Feyerabend de que incluso los términos observacionales corrientes tienen fuerte peso teórico, redefine ambos términos, “chimpancé” y “hombre”.

Nuestra definición del término “hecho” abarcará desde la observación directa hasta la conjetura fundada sin alternativas evidentes. Es difícil imaginar de qué modo la evidencia concluyente a la que refiere el argumento de las dos manos de Moore pueda ser refutado por una nueva teoría. En cuanto al descubri-

miento de Goodall, lejos de testear ninguna hipótesis riesgosa preexistente, resultó ser una sorpresa, con lo cual, y al contrario de lo que postulan las premisas epistemológicas fisicalistas, la lógica del descubrimiento y la lógica de la verificación coinciden aquí en un mismo proceso de “incremento de contenido” llevando a un “cambio progresista del problema” en el sentido de Lakatos (1970); pero al contrario de lo que sostiene dicho autor (1976b), este contra-ejemplo mayor no depende de una previa teoría alternativa explícita, ni aun de una “conjetura feliz” (Whewell, 1858), sino de un encuentro fortuito aunque no del todo azaroso con un observador que sin estar “libre de teorías” no está *irremisiblemente* atado a ellas. Lejos de las restricciones de una teoría formal, hallamos una primacía del *conocimiento por familiaridad* (Russell, 1910-11) operando contrainductivamente sobre un rango de concepciones o teorías *implícitas e informales*.

Para abarcar los esclarecimientos que este descubrimiento crucial aporta sobre la mente del chimpancé y, en términos más generales, sobre el pensamiento no-verbal que antecede filogenéticamente al lenguaje, se requerirá un nuevo “programa de investigación”, a ampliarse y reinterpretarse al acceder a nuevos conocimientos empíricos. Desde ya, tal proceso no adoptará la forma simplista de la generalización empírica, “todos los cisnes son blancos”, que no aporta contenido nuevo alguno. Los nuevos hallazgos traerán diversidades, complejidades impredecibles y cambios de contextualización, abriendo una riqueza de posibilidades inabarcable en una tradición formal. Por ende, los nuevos hallazgos no son pasibles de predicción, y dependerán de observaciones detalladas. En el caso del programa de investigación de Goodall, arribó a los siguientes hallazgos: que los chimpancés preparan herramientas hechas a medida para sucesos que anticipan (por ejemplo, preparan piedras para romper nueces de acuerdo al tipo de nueces con que suponen se toparán en lugares alejados, y las llevan a esos lugares); que improvisan herramientas nuevas ante situaciones novedosas; que las madres enseñan a sus crías a fabricarlas, lo que da lugar a diferentes culturas de fabricación de herramientas en distintas comunidades de chimpancés; que dichas culturas pueden aprender de otras a través de adolescentes hembras con derechos de migración irrestrictos, y que pueden poner herramientas novedosas al servicio de la lucha por el liderazgo en el grupo, o en los enfrentamientos con otras

comunidades (Goodall, 1986; véase también Griffin, 1993). Tales actividades, altamente *significativas* y que implican pensamiento y comunicación social muy sofisticados, se articulan en la comunicación emocional y gestual, no en un lenguaje verbal. El pensamiento, la significación y la comunicación social, imbricados con lo emocional, preceden al lenguaje. Aquí las investigaciones de estos dos grandes darwinianos, Freud y Goodall, se complementan y potencian. Este nivel básico de la significación aparece en Freud como lo inconsciente no reprimido, los *Triebe*, y las *Dingvorstellungen*, las representaciones de cosa que Freud distingue firmemente de las *Wortvorstellungen*, las representaciones de palabra.

Desde el punto de vista epistémico, notemos que el descubrimiento de Goodall surge ostensivamente en un caso *individual*, el hurgar de David Greybeard en el montículo de termitas, y que *impacta en, y abre*, un conjunto de concepciones o teorías en varios niveles, *implícitas, informales y preexistentes*. Su hallazgo refuta y reordena, de modo a la vez provisorio e irrevocable, conceptos que van desde un nivel más local sobre las capacidades del chimpancé para el pensamiento no-verbal (que abarcan los procesos de descubrimiento) y para la comunicación emotiva no-verbal, hasta el nivel de las cuestiones más generales del ser humano: abre panorámicas sobre los diversos niveles, no-verbales y verbales, que entran en juego cuando pensamos y nos comunicamos, y sobre la tendencia a soslayar tal complejidad de niveles en nuestros esquemas epistémicos. La “inyección de verdad”, que puede darse en cualquier nivel, deberá testearse y ampliarse mediante nuevos hallazgos.

¿Qué tiene todo esto que ver con la clínica psicoanalítica? A mi entender, mucho. Desde el punto de vista epistémico, nos muestra que extender las premisas predictivas deductivistas de las ciencias de lo inanimado al ámbito de la mente hace de la ignorancia una política, que permite a sus adherentes prescindir de la observación (cayendo con ello en lo que para Mill era la falacia fundamental) y denunciar como irrelevante lo que de la observación surge. Y además, la presencia de niveles de muy diversa estructura, un nivel emocional básico no-verbal de representaciones-cosa, y un nivel superimpuesto, consciente, de representaciones-palabra, explica que las paradojas sean parte integral del acercar lo inconsciente hacia la consciencia.

Como vimos, Kuhn considera que la ostensión y los experimentos de pensamiento surgen ante las dificultades de los propios esquemas conceptuales, y suelen enfrentarnos con alguna paradoja implícita de nuestro modo de pensar. Lo cual coincide con lo que Freud menciona en “Recuerdo, repetición y elaboración”: “de hecho, sólo a través de las propias experiencias puede arribarse a la sensatez” (1914, p. 153). Tomemos un ejemplo sencillo de ilustración psicoanalítica de una paradoja.

Una mujer joven consultó tras interrumpir una psicoterapia de tres sesiones semanales que llevaba a cabo desde hacía dos años, en el curso de la cual, ocho meses antes, desarrolló una fobia severa. Debía acompañársela en todo momento, aun en su casa, y sufría de múltiples síntomas corporales y, en ocasiones, de impulsiones suicidas. En la entrevista inicial, relató en detalle que sus crisis de pánico comenzaron durante un atascamiento de tránsito, estando en el automóvil con su familia. Era obvio que no había dado entonces señal alguna de su agudo malestar, y pude darme cuenta de que hacía lo mismo en la entrevista: aunque ansiosa y expectante ante la idea de interrumpir su tratamiento e iniciar uno nuevo, su tono era amable y su porte sonriente, como si contara una anécdota divertida. Le dije entonces que, tal como en el auto se había mantenido en silencio respecto de lo que sentía, lo mismo sucedía en la entrevista, y que era obvia la discrepancia entre lo que relataba que sintió durante el episodio y la forma amable y sonriente en que lo decía, preservándome de lo que sentía tal como en el automóvil había preservado a su familia. Reconoció que eso es usual en ella: la descripción interpretativa dio lugar a la ostensión en el aquí-y-ahora y a un “experimento de pensamiento” en cuanto a sus experiencias cotidianas. Develar la paradoja en marcha mitigó su ansiedad respecto del cambio de terapeuta y trajo considerable alivio. Condujo además en las sesiones iniciales, de modo bastante directo, a sus omnipresentes temores de que su agresión dañe a quienes siente cercanos y también al uso automático del cuerpo, por un lado como instrumento de aplacamiento a través de gestos y sonrisas, por otro como amortiguador de las vivencias agresivas mismas, que eran “succionadas” en sus síntomas físicos.

Pudimos ir mapeando, en sus cuatro sesiones semanales, las muy diversas maneras en que dicha estructura paradójica aparecía en su vida cotidiana, donde a veces le encontraba la vuelta, y

muchas otras veces no; si esto último ocurría, comenzaban sus síntomas corporales, severos por cierto. En presencia de una persona significativa la paradoja alcanzaba al menos dos puntos de ruptura. Si el otro le respondía a nivel de su propia negación sonriente, se sentía bien al comienzo pero después pasaba a sentirse ignorada e incomprendida, a ponerse ansiosa y a enojarse internamente, con síntomas como dificultad para tragar o falta de aire. Si en cambio la otra persona soslayaba sus modales sonrientes y captando la ansiedad subyacente se volvía solícita, pasaba ella a sentirse intruída por una benevolencia masacrante; parte del problema surgía de sentirse acusada de estar drenando los recursos emotivos del otro, lo que a su vez la enfurecía. Tal lo que había ocurrido, hasta el punto de no retorno, con los intentos de ayuda de su terapeuta anterior.

Las sucesivas vertientes de acceso a este dilema permitieron evitar que entraran en escalada en sesión tales círculos viciosos, sentando las bases de un trabajo analítico viable. Fuimos evidenciando las formas principales en que la fobia daba lugar a vivencias melancólicas fugaces e, inmediatamente, a las impulsiones suicidas, cuyo contexto emocional era la vivencia de inexistencia de objetos continentes viables (lo cual sucedía cuando alguien presente se volvía emocionalmente inaccesible, sea por estar captado dentro de sus propias vivencias, sea porque pasara a vivírsele como demasiado invadido por las ansiedades y deseos de ella). Esto se daba, en la transferencia, en los fines de semana: la ausencia concreta de un objeto vivo continente pasaba a convertirse en la abrumadora presencia de un objeto destruido e inexistente, un “sol negro”, resultante de un cataclismo interno de la clase psíquica de los objetos continentes. Para conseguir ilustrar, en palabras que no resultaran acusatorias, esta área de máxima exposición y máximo riesgo, debí recurrir al cuento del japonés que tuvo una deposición intestinal explosiva coincidente con el momento de la bomba de Hiroshima y luego se decía: “Dios, ¿qué es lo que hice?”.

Que la paradoja se ciña en la clínica al nivel verbal no es lo habitual. Usualmente implica por una parte un actuar desconocido (en esta ocasión, el uso de modales amables para escindir el terror de estarme dañando), y por la otra una narrativa más cercana a lo consciente, ligada a los fines de la defensa (Ahumada 1991, 1994, 1997a, 1997b). El analista debe, me parece, atender

al término actuado de la paradoja: como ilustro en la viñeta clínica, develarlo abre el camino a las “teorías” hasta entonces inconscientes del analizado (que podría destruirme omnipotente-mente, a mí y a sus seres queridos) lo cual, cuando eventualmente se logra el insight ostensivo en suficientes instancias, conducirá a su refutación.

CONJETURAS, PRUEBAS, DESCUBRIMIENTOS

En lo que antecede traté de mostrar que la lógica de la práctica psicoanalítica y, de hecho, cualquier indagación de los niveles psíquicos, no da cabida a los principios del inductivismo fisicalista, ni tampoco al método de conjeturas y refutaciones de Popper, que tiene similitudes esenciales con el inductivismo estricto clásico y donde el término “conjetura” depende de un conjunto de axiomas deductivos formales.

En el método de pruebas y refutaciones de Lakatos, el término “prueba” refiere a la indagación de “lemas”, esto es, al uso de contraejemplos para acceder a los supuestos implícitos hasta entonces no detectados de los sistemas formales que estudia. Mi idea es que en las ciencias observacionales el método es similar, radicando las diferencias en que no nos atenemos a principios formales y en que es preciso dar un lugar explícito a la ostensión, como lo hacen Russell y Kuhn.

A diferencia de lo que ocurre en la observación etológica, la clínica psicoanalítica es intuitivo-observacional para ambos participantes. En el acercamiento a la ostensión el analista aporta sus conjeturas al analizado; pero no se trata aquí de conjeturas popperianas desarrolladas en un sistema formal. Son intentos de describir en palabras un “conocimiento por familiaridad” (Richfield, 1954) tentativo, que al señalar aspectos hasta entonces no reconocidos podrá, si es suficientemente preciso, iluminar sectores desconocidos u oscuros de la realidad psíquica del analizado, acercándolo a descubrimientos.

Como trató de mostrar mi ejemplo clínico, el analizado alcanza la ostensividad en *ejemplos individuales* y de allí pasará a la contrainducción de sus “formas” inconscientes, esto es, de las clases inconscientes de relacionarse, y de cómo las usa. Los intentos por parte del analista de describir lo que le parece sucede

en sesión se remiten, en el nivel más básico, a lo que capte de sus “inferencias animales” en el rastreo contratransferencial. Coincidió aquí con Bion (1979, p. 85) para quien es tarea del analista captar el peligro a través del uso de sus sentidos primitivos arcaicos. A veces las interpretaciones se asemejan al comentario del padre de Juan, “Mira, Juan, eso es un cisne”, pero aunque el analista suela acceder mejor a lo que transcurre en sesión, no tiene manera de saber en forma concluyente la distinción entre los cisnes, los patos y los gansos en la realidad psíquica del analizado. Las discrepancias y analogías emergentes del contacto emocional con la realidad psíquica del analizado son suficientes para su tarea, y sería riesgoso que la asumiera como un “acercarse a la verdad”². Las descripciones conjeturales del analista abren el camino del descubrimiento: será función del analizado evaluar lo que le resulta o no aplicable de dichas conjeturas, y ubicar el uso que le dará a lo que se va descubriendo. Dado que el analista no vivió las experiencias que el analizado desconoce mediante la represión, el clivaje, la negación y así siguiendo, cabe coincidir con Habermas (1968) en que el analizado será el árbitro epistémico final. Nos topamos aquí con la línea que, sabiamente, Freud traza entre el “psicoanálisis” como tarea propia del analista, y la “psicosíntesis” en la evolución emergente de los nuevos significados, tarea que, señala, deberemos dejar al analizado “sin nuestra intervención” (1919, p. 160-1).

En términos generales, la tarea del analista encuadra en una epistemología falibilista donde en base a evidencias en evolución de discrepancias y concordancias, participa abriendo el camino a descubrimientos. Apoyarse en las evidencias de discrepancia es la contribución epistémica fundamental de Strachey (1934), su idea de que los insights del analizado resultan del reconocimiento de una divergencia entre cómo siente o ha sentido a su analista, y cómo pasa a *percibirlo* conscientemente. Este planteo falibilista tiene dos ventajas, una técnica y la otra epistémica. Desde el punto de vista técnico protege al analista de blandir verdades o, peor aun, de convertirse en vocero de la realidad, lo que iría en

² Según Feyerabend la frase “acercarse a la verdad” (1987, p. 184) carece de sentido epistémico. Pero muy a menudo tiene sentido emocional: nuevamente, deberemos confiar aquí en que el analizado reconozca más de lo que puede demostrarse.

desmedro de su neutralidad. Desde el punto de vista epistémico permite soslayar los por demás remanidos temas filosóficos de la “verdad”: una postura falibilista centrada en la no-concordancia, en la toma de contacto con el error más bien que en la “verdad”, da poco blanco a las descalificaciones escépticas o idealistas de la verdad que sobrevienen cuando se la define como *concordancia con la realidad*.

Solamente ante problemas de evaluación clínica del estado mental o del desarrollo del analizado, donde encontraremos reparos suficientemente claros, son insoslayables las cuestiones de la verdad como *concordancia con la realidad*. En cambio, en las intervenciones interpretativas que refieren a discrepancias actuales o verbales en los diferentes niveles psíquicos, la evaluación de verdad es tentativa. Aquí la lógica es un instrumento: abre el camino hacia nuevas observaciones y experimentos de pensamiento donde surgirán “inyecciones de verdad”, sin por ello pretender ejercer por sí “inyección empírica de verdad” alguna.

Es desde ya un truismo que nuestra lógica de la indagación depende de extensiones intuitivo-observacionales del pensamiento corriente: aquello que el analista aborda se engarza con, y extiende, las maneras en que el analizado se capta a sí mismo, ayudando a reubicarlas desde otros puntos de vista. Tal lo sucedido cuando ayudé a mi paciente a visualizar la manera en que había preservado a su familia durante su primera crisis de pánico y del mismo modo a mí en la entrevista. Es también un truismo, donde todos los autores coinciden, que en última instancia toda ciencia expande las inducciones cotidianas. Lo cual, desde ya, no significa que la lógica práctica del analista se ate al sentido común: al contrario, se centra en lo que el analizado desconoce, en lo que Freud llamó las resistencias y Bion el vínculo –K. Valga, para terminar, la salvedad de que mi postura no implica subestimar el peso de nuestras teorías, facilitando u obstruyendo el acceso a los hechos. Pero embarcarse en el complejo tema de los diversos niveles, desde el clínico hasta el metapsicológico, que el término teoría adopta en nuestro campo va mucho más allá de lo que intenté aquí.

Agradezco a Viviana Minerbo, a Elías M. da Rocha Barros y a Juan Francisco Jordán su lectura del manuscrito y sus sugerencias.

Traducido por Jorge L. Ahumada.

RESUMEN

La temática de la ubicación empírica del psicoanálisis se tergiversa en el choque de versiones contrapuestas en cuanto a qué entendemos por ciencia: la visión aristotélica y la visión newtoniano-galileica con sus ideas respectivas, las “formas” o “conceptos” científicos, y las “leyes”. Herederas de la axiomática euclidiana, las “leyes” newtonianas no rigen a nivel de las ciencias sociales, y en la biología valen en niveles próximos al molecular, pero no en niveles mentales. Freud, quien como Darwin sigue la línea aristotélica del análisis de “ejemplos”, se aparta de los criterios infalibilistas de filósofos de la ciencia como Tarski, Popper o Grünbaum. Respondiendo a la crítica de que el psicoanálisis no explicita su modo de operar, despliego aquí su lógica de la indagación. A diferencia del inductivismo newtoniano, del método de conjeturas y refutaciones de Popper y del método de pruebas y refutaciones de Lakatos, el psicoanálisis clínico apoya en una “lógica práctica” de descubrimientos y refutaciones, en una indagación tentativa en múltiples niveles de evidencias de discordancia y analogía. Tal falibilismo epistémico, apoyado en una multiplicidad de evidencias ostensivas mas no en certezas, y que se ilustra en el texto con el “argumento de las dos manos” de George Moore, extiende el papel del discernimiento cotidiano y coincide con lo que nos muestra la evolución darwiniana.

SUMMARY

The author argues that the empirical status of psychoanalysis has been distorted by the controversy surrounding Aristotelian and Galilean-Newtonian schemes of science, whose core ideas, respectively, are scientific concepts or forms and scientific laws. Bound by the Euclidian axiomatic tradition. Newtonian-style “laws” do not obtain in the social sciences, and in biology they apply only at near-molecular levels, not at the level of mind. Continuing the traditional Aristotelian reliance on “exemplars”, neither Freud’s nor Darwin’s work fits the deductivist, infallibilistic scientific criteria used by philosophers such as Tarski, Popper or Grünbaum. Rebutting the charge that the workings of psychoanalysis are not explicit enough, this paper unfolds the logic of enquiry it utilises. In contrast to Newtonian inductivism, Popper’s method of conjectures and refutations and Lakatos’s method of proofs and refutations, clinical psychoanalysis employs a “practical logic” of disclosures

and refutations, a constantly evolving enquiry of multi-layered and tentative evidence of discordance and analogy. Such epistemic fallibilism, relying on a build-up of ostensive evidences rather than on “certainties”, is illustrated in the text by Moore’s famous “two-hands” argument, is held to fit in with the workings of everyday discernment and, arguably, with Darwinian evolution.

RESUME

L’auteur montre que le statut empirique de la psychanalyse a été déformé par la controverse entourant les modèles de science aristotéliens et galiléens-newtoniens, dont les idées centrales sont respectivement des concepts ou formes scientifiques et des lois scientifiques. Liées par la tradition axiomatique euclidienne, les lois de style newtonien n’ont pas cours dans les sciences sociales, et en biologie elles ne s’appliquent qu’aux niveaux presque-moléculaires, pas au niveau de l’esprit. En poursuivant la tradition aristotélicienne consistant à s’appuyer sur les “modèles”, ni le travail de Freud, ni celui de Darwin ne s’adapte aux critères scientifiques infaillibles et déductionnistes qu’utilisent des philosophes tels que Tarski, Popper ou Grünbaum. Réfutant l’accusation selon laquelle le travail de la psychanalyse n’est pas suffisamment explicite, cet article déploie la logique de l’enquête qu’il emploie. À la différence de l’inductionnisme newtonien, de la méthode d’hypothèses et de réfutations de Popper, et de la méthode des preuves et réfutations de Lakatos, la psychanalyse clinique emploie une “logique pratique” de divulgation et réfutation, une recherche faite de témoignages hésitants et à multiple niveaux évoluant constamment entre analogie et désaccord. Un tel “faillibilisme” épistémique qui dépend d’un amas de témoignages ostensifs plutôt que de “certitudes”, est illustré dans le texte par le fameux argument à deux mains [two-hands argument] de Moore, et est maintenu pour s’adapter aux travaux du discernement quotidien et, de façon contestable, à l’évolution darwinienne.

BIBLIOGRAFIA

- AHUMADA, J.L. (1991) Logical types and ostensive insight. *Int. J. Psycho-Anal.* 72: 683-691 [Trad. castellana en: *Libro Anual de Psicoanálisis* 1991. Lima, Imago].
- (1994) What is a clinical fact? Clinical psychoanalysis as inductive method. *Int. J. Psycho-Anal.* 75: 949-962. [Trad. castellana en *Libro Anual de Psicoanálisis* 1994, São Paulo, Escuta].
- (1997a) Toward the epistemology of clinical psychoanalysis. *J. Amer. Psychoanal. Ass.*, 45: 507-530.
- (1997b) Counter-induction in psychoanalytic practice: epistemic and technical aspects. En: *The Perverse Transference and Other Matters. Essays in Honor of R. Horacio Etchegoyen*. Ahumada, J.L., Olagaray, J., Richards A.K y Richards A.D., eds. Northvale, N.J., Aronson.
- AUSTIN, J.L. (1956-7) A plea for excuses. En: *Philosophical Papers*. 3rd. Ed. Oxford, Oxford Univ. Press, 1979.
- BION, W.R. (1962) *Learning from Experience*. Nueva York, Basic Books.
- (1970) *Attention and Interpretation*. Londres, Tavistock.
- (1979) *The Dawn of Oblivion*. Perthshire, Clunie Press.
- BLACKBURN, S. (1994) *The Oxford Dictionary of Philosophy*. Oxford y Nueva York, Oxford Univ. Press.
- BRICMONT, J. (1996) Science of chaos or chaos in science? En: *The Flight from Science and Reason*. Ed. por Gross, P.L., Leavitt, N. y Lewis, M. W. Annals of the New York Academy of Science N° 775. Nueva York, The New York Academy of Sciences.
- DUHEM, P. (1914) *La Théorie Physique. Son Objet. Sa Structure*. 2d. Ed. Paris, Vrin, 1993.
- FEYERABEND, P. K. (1962) Explanation, reduction and empiricism. En: *Realism, Rationalism and Scientific Method. Philosophical Papers* Vol. 1. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1993.
- (1963) Materialism and the mind-body problem. En: *Realism, Rationalism and Scientific Method. Philosophical Papers* Vol. 1. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1993.
- (1969) Linguistic arguments and scientific method. En: *Realism, Rationalism and Scientific Method. Philosophical Papers* Vol. 1. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1993.
- (1978) Philosophy of science versus scientific practice. In *Problems of Empiricism. Philosophical Papers* Vol. 2, Cambridge, Cambridge Univ. Press., 1994.

- (1980) Mach, Einstein and the Popperians. En: *Problems of Empiricism. Philosophical Papers* Vol. 2, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994.
- (1987) *Farewell to Reason*. Londres y Nueva York, Verso, 1994.
- FREUD, S. (1914) Remembering, repeating and working-through. *S.E.*, 12.
- (1917) A difficulty in the path of psycho-analysis. *S.E.*, 17.
- (1919) Lines of advance of psychoanalytic therapy. *S.E.*, 17.
- GOODALL, J. (1986) *The Chimpanzees of Gombe*. Boston, Harvard Univ. Press.
- GRIFFIN, D.R. (1993) *Animal Minds*. Chicago, Univ. of Chicago Press.
- GRÜNBAUM, A. (1984) *The Foundations of Psychoanalysis. A Philosophical Critique*. Berkeley, Calif.; Univ. of California Press.
- (1993) *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*. Madison, Ct., Int. Univ. Press.
- HABERMAS, J. (1968) *Knowledge and Human Interests*. Boston, Beacon, 1971.
- HERSBACH, D.R. (1996) Imaginary gardens with real toads. En: *The Flight from Science and Reason*. Ed. por Gross, P.L., Leavitt, N. y Lewis, M. W. Annals of the New York Academy of Sciences N° 775. Nueva York, The New York Academy of Sciences.
- KUHN, T. S. (1963) A function for thought experiments. En: *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Tradition and Change*. Chicago y Londres, Univ. of Chicago Press, 1977.
- (1970a) Logic of discovery or psychology of research? En: Lakatos, I., and Musgrave, A. (eds.): *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994 (También en: *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Tradition and Change*. Chicago y Londres, Univ. of Chicago Press, 1977).
- (1970b) Reply to my critics. En: Lakatos, I., y Musgrave, A. (eds.): *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994.
- (1974) Second thoughts on paradigms. En: *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Tradition and Change*. Chicago y Londres, Univ. of Chicago Press, 1977.
- LAKATOS, I. (1968) Changes in the problem of inductive logic. En: *Mathematics, Science and Epistemology. Philosophical Papers* Vol. 2. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1993.
- (1970) Falsification and the methodology of scientific research programmes. En: Lakatos, I., y Musgrave, A. (eds.): *Criticism and*

- the Growth of Knowledge*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994.
- (1976a) *Proofs and Refutations. The Logic of Mathematical Discovery*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994.
- (1976b) Appendix 2. The deductivist versus the heuristic approach. En: *Proofs and Refutations. The Logic of Mathematical Discovery*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1994.
- MOORE, G. E. (1939) Proof of an external world. En: *Philosophical Papers*. Londres, Allen and Unwin, y Nueva York, Macmillan, 1959.
- NAGEL, E. (1961) *The Structure of Science. Problems in the Logic of Scientific Explanation*. Nueva York y Burlingame, Harcourt, Brace and World.
- NANDA, M. (1996) The science question in postcolonial feminism. En: *The Flight from Science and Reason*. Ed. por Gross, P.L., Leavitt, N. y Lewis, M. W. Annals of the New York Academy of Sciences N° 775. Nueva York, The New York Academy of Sciences.
- PEIRCE, C.S. (1868) Some consequences of four incapacities. En Wiener, P. P. (ed): *Charles S. Peirce: Selected Writings*. Nueva York, Dover, 1966.
- (1877) The fixation of belief. En Buchler, J. (ed): *Philosophical Writings of Peirce*. Nueva York, Dover, 1955.
- POINCARÉ, H. (1902) *La Science et l'Hypothèse*. París, Flammarion, 1968.
- POPPER, K. (1957a) *The Poverty of Historicism*. Londres y Nueva York, Routledge, 1994.
- (1957b) Science: conjectures and refutations. En: *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. 5th. Ed. Rev. Londres, Routledge, 1989.
- (1982) Introduction, 1982. En: *Realism and the Aim of Science*. Londres y Nueva York, Routledge, 1992.
- REICHENBACH, H. (1927) *The Philosophy of Space and Time*. Nueva York, Dover, 1956.
- RICHFIELD, J. (1954) An analysis of the concept of insight. *Psychoanal. Q.* 23: 398-408.
- RUSSELL, B. (1910-11) Knowledge by acquaintance and knowledge by description. En: *Mysticism and Logic*. Londres, Unwin, 1989.
- STRACHEY, J. (1934) The nature of the therapeutic action of psychoanalysis. *Int. J. Psycho-Anal.* 15:127-159.
- TARSKI, A. (1931) The concept of truth in formalized languages. En: *Logic, Semantics, Metamathematics*. Oxford, Clarendon, 1956.

DESCUBRIMIENTOS Y REFUTACIONES

WHEWELL, W. (1858) *Novum Organum Renovatum*. En Butts, R. E. (ed.):
William Whewell: Theory of Scientific Method. Indianapolis/Cam-
bridge, Hackett, 1989.

Descriptores: Clínica. Investigación. Psicoanálisis.

Jorge L. Ahumada
Av. Las Heras 3898, 3º “H”
1425 Buenos Aires
Argentina